

Antonio Porchia y los viajes interiores



DANIEL GONZÁLEZ DUEÑAS

El viaje exterior

Mi primer contacto con la obra de Antonio Porchia no fue en la capital mexicana (territorio en que usualmente me muevo) sino en La Paz, Baja California; hice ese viaje no importa por qué razón: más tarde entendí que ese amplio desplazamiento fue exclusivamente para el encuentro. Siempre es necesario un viaje (exterior o interior) para dar con las voces. Un par de años antes, el poeta Raúl Antonio Cota, radicado en La Paz, había recibido una fotocopia de la edición de Hachette de las Voces, y tuvo la generosidad de darme una fotocopia de su fotocopia. A mi vez fotocopié mi fotocopia y la di a mis más cercanos amigos. Luego supe que en Guadalajara el poeta Jorge Esquinca había iniciado la costumbre de encuadernar en piel la fotocopia de Voces y darla como máximo regalo.

Más tarde conocí a Alejandro Jodorowsky en París (otro viaje, otro desplazamiento), y de lo primero que le hablé fue de Porchia; Jodorowsky no reconoció el nombre, pero cuando cité un par de voces de memoria, se le iluminó el rostro, fue a uno de sus librerías y sacó una gastadísima fotocopia de la edición de Hachette que alguien le había regalado diez años atrás y en la que faltaban las páginas iniciales con el nombre del autor. Durante una década Jodorowsky había admirado las voces sin saber quién las había escrito. Copiando la espléndida costumbre de Esquinca, le regalé una fotocopia completa, encuadernada en piel, pero siempre Jodorowsky guardó al lado la suya, la tan consultada y acariciada, aquella en la que había tenido los primeros hallazgos.

Recientemente, Alejandro Toledo encontró en internet una página dedicada a Antonio Porchia;¹ el autor de esa página, Ángel Ros, argentino radicado en Córdoba, había incluido ahí lo poco que sabía de Porchia y añadía su dirección electrónica pidiendo información sobre el autor de Voces. Toledo y yo le enviamos los nombres de un par de libros que lectores y amigos de Porchia han editado en Argentina.² Tiempo después Ros respondió con un entusiasmo superlativo, contándonos que había hecho una peregrinación casi mística (un nuevo viaje) y que por una especie de milagro había encontrado los libros que le habíamos mencionado, información que le sirvió para mejorar su página en internet. Es un caso también representativo, lleno de insólito y de un azar que juega carambolas; es como si en México alguien infructuosamente buscara información sobre un autor mexicano poco conocido, y de pronto le llegaran desde Singapur indicaciones de algo que el investigador tiene al lado sin saberlo. Este autor de la página se creía no el único, pero casi el único que conocía a Antonio Porchia, al igual que cada uno de los afortunados poseedores de una fotocopia de las Voces.

Toledo y yo tuvimos también el privilegio de conversar en la Ciudad de México con el poeta argentino Roberto Juarroz, que disfrutó de la amistad de Porchia en sus últimos años. Recordamos con claridad la expresión de Juarroz, entre sorprendida y complacida, cuando soltamos el nom-

¹ <http://members.tripod.com/gelios>

² Alberto Luis Ponzo, *Antonio Porchia, el poeta del sobresalto*, Épsilon Editora, Buenos Aires, 1979. León Benarós, *Antonio Porchia*, Hachette, Buenos Aires, 1988.

bre de Porchia en la conversación. Juarroz (a quien se debe gran parte de la difusión de Porchia) se extrañó de que dos mexicanos conocieran al autor de *Voces*; él había viajado desde Argentina y a mitad del desplazamiento se entusiasmó al hablar una vez más de la figura que más ha reconocido como maestro. Nos contó, por ejemplo, cómo conoció esa obra; siendo argentino y viviendo en Buenos Aires, no sabía de Porchia (que radicaba en esa misma ciudad); entonces recibió una copia mecanográfica de un amigo que había descubierto las *voces* en El Chaco, una provincia argentina. Los viajes acompañan siempre al hallazgo: el amigo viajó al Chaco, encontró las *Voces*, luego regresó a Buenos Aires y ambos localizaron a Porchia y emprendieron la peregrinación para entrevistarle (su casa estaba en el extremo opuesto de la ciudad).

Aunque la difusión de Porchia sea minoritaria (¿y cuál difusión no lo es, fuera de las corrientes principales de la mercadotecnia literaria?), existe una fortísima corriente digamos “subterránea” de transmisión, fuera de los canales oficiales, transitados y jerarquizados. Deben contarse por miles los lectores que a lo largo de los años han sido tocados por el árbol de transmisión de las *Voces* de Porchia, en fotocopias, copias mecanográficas o hasta manuscritas, muchas veces —como en el caso de Jodorowsky— sin el nombre del autor. No son infrecuentes casos como éste: en el vestíbulo de un hospital de beneficencia en la provincia argentina, a modo de mural se hallaba en los años sesentas una voz de Porchia escrita en grandes y titubeantes letras, sin aportar el nombre de quien procedía: “No ves el río de llanto porque le falta una lágrima tuya.” Todos esos “destinatarios” (la palabra es más que nunca exacta, porque quien recibe las *Voces* recibe un destino) se creen —y nadie puede contradecirlos— los únicos poseedores del tesoro, y lo guardan con el celo que debe rodear a los puntos del universo en donde parece concentrarse la realidad.

Aunque es cierto que a veces el celo se vuelve usura y hasta rapiña; Toledo encontró que cierto escritor latinoamericano (no vale la pena mencionar su nombre) había insertado varias *voces* de Porchia en un libro propio de narrativa, sin citar el nombre del autor y ni siquiera destacándolas en cursivas, a veces incluso cambiándoles la sintaxis. Y en varios otros casos se ha dado el plagio sin escrúpulos, seguros los saqueadores de que son los únicos en conocer la obra del más secreto de los escritores. También debe haber quienes reciben una fotocopia de las *Voces* y no la transmiten sino la guardan en el mayor de los silencios; como el personaje de la novela *El hombre invisible* de Wells, se en-

cierran bajo candado a media noche, la sacan y la acarician como el avaro a sus monedas de oro. No obstante, este tipo de respuestas son minoritarias; en el gran árbol de transmisión de las *Voces* deben ser muy pocos los que actúan así, y esto habla mucho de la naturaleza humana. “Habla” en este sentido: en la mayoría de los casos, las personas que reciben las *voces* responden esparciéndolas como semillas; es exactamente lo que hacen los niños pequeños cuando están descubriendo el mundo: dicen “mira”, tratan de compartir inmediatamente el hallazgo, acaso porque mejor que nadie comprenden que recibir es dar.

A veces el acto de dar incluye traducciones a otros idiomas, con mayor o menor dominio de éstos; acaba de publicarse una muy aplicada versión alemana cuyo traductor, casi es seguro, no sabe de Porchia más que el autor de la página web en su inicio, o que Jodorowsky cuando recibió la fotocopia sin el nombre del autor. Y por una vez, no es necesario; las especificaciones biográficas son apoyos, fuentes de interés para los apasionados, pero no resultan centrales o indispensables: la propia vida de Porchia, en todo su silencio y recogimiento, está en las *voces*. Quien las traduce *a fondo* (compartiendo su odisea), transmite, entre muchas otras magnitudes, la vida entera del autor. Y ello incluye traducirlas del español al español, un poco a la manera de Pierre Menard, que es lo que Toledo y yo intentamos en los anexos a la edición de las *Voces reunidas*:³ ponerlas en contacto unas con otras, mostrar sus secretas interrelaciones, devolverlas al tejido móvil que ha dado la vuelta al mundo y bien podría estar sosteniéndolo.

Qué revelador sería que sobre un mapamundi pudiera dibujarse lo que he llamado el “árbol de transmisión” (a falta de mejor nombre), tal y como avanza día tras día, minuto a minuto: ahí se vería que el “más secreto de los escritores en la historia de la literatura” lo es precisamente porque cientos de miles de personas son, sin contradicción alguna, las únicas en conocerlo.

Alejandra Pizarnik, que intercambió correspondencia con Porchia, le escribió ciertas líneas que lo expresan inmejorablemente: “Su libro es el más solitario, el más profundamente solo que se ha escrito en el mundo y no obstante, releándolo a medianoche, me sentí acompañada, o mejor dicho amparada.”⁴ Sin duda son innumerables aquellos que siguen releando las *voces* a la medianoche sintiéndose amparados, no *menos solos*, sino situados en ese

³ *Voces reunidas*, Coordinación de Humanidades-UNAM (Col. Poemas y Ensayos), México, 1999.

⁴ Cit. por León Benarós, *op. cit.*

punto de amparo, de umbral al infinito. Porchia nos sitúa en esa coordenada, y son muy pocos los artistas, e incluso los maestros, capaces de transportarnos de esa manera, de *desplazarnos*, de transfigurarnos los ojos, de mostrarnos que si todo es subjetivo, si todo es mental, como quiere el *Kybalión*, entonces somos perfectamente capaces de crear o recrear el mundo.

Esta edición de *Voces reunidas* (que tiene la pretensión de acercarse lo más posible a la "obra completa" de Porchia) ha cumplido ya un poco de su *destino* en el hecho de que, gracias a Jodorowsky, habrá pronto una versión italiana: casi un siglo después de que Antonio Porchia dejó su país natal, y luego de innumerables viajes, exteriores e interiores, los italianos conocerán a su compatriota de una forma, digamos, integral, porque de seguro muchos de ellos tienen una fotocopia de fotocopia. Porchia sólo hizo un viaje prolongado, de Europa a América; nos gusta pensar que este libro cumplirá el recorrido inverso cerrando para Porchia el periplo de Ulises, el retorno a Ítaca. Al cerrar el ciclo muchos han de abrirse: a través de todo tipo de desplazamientos (desde las versiones manuscritas hasta internet), seguirá creciendo ese árbol en que (en palabras de Roberto Juarroz) se apoya todo el bosque. A fin de cuentas, todo viaje es interior.

El viaje interior

Aunque su tierra natal fue Italia, Antonio Porchia vivió desde los 17 años en Argentina. Nacido en 1886 en el pueblo de Conflenti, perteneciente a la provincia de Catanzaro en Calabria, domina su niñez y juventud una errancia constante. El padre muere hacia 1900 y el rol paterno recae sobre el mayor de los varones, Antonio, quien abandona los estudios y comienza a trabajar duramente. Tiempo después la madre decide emigrar a la Argentina con seis de sus siete hijos; en Nápoles, la familia aborda el vapor *Bulgaria*, de bandera alemana, que tras un prolongado recorrido los deposita en Buenos Aires. Es 1902 y Antonio Porchia, siempre asumiendo la responsabilidad familiar, se dedica a diversos oficios manuales en una época en que son comunes las jornadas de trabajo de catorce o más horas. Al mismo tiempo, muestra una conciencia social: a decir del pintor José Luis Menghi, Porchia milita en las filas de la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) y llega a colaborar en una publicación de izquierda llamada *La Fragua*.

En una de las contadas ocasiones en que el autor de *Voces* fue entrevistado, y en uno de los muy raros instantes en que refirió el origen de sus poemas, aludió a dos textos fundamentales:

Mi padre murió cuando yo era un niño. Él tenía cincuenta años. Por eso digo: *Mi padre, al irse, regaló medio siglo a mi niñez*. Trabajé mucho, era el mayor de varios hermanos. Mi madre me adoraba. Pero el bien me ha hecho un mal infinito. He sufrido mucho por ella. Por eso he escrito: *Otra vez no quisiera nada. Ni una madre quisiera otra vez*.⁵

Inicialmente, la familia habita en una casa del barrio de Barracas; más tarde, hacia 1918, consigue otra, de mayor tamaño, en San Telmo. En ese momento de bonanza, Antonio y su hermano Nicolás compran una imprenta en la calle Bolívar, donde el primero se dedica a los más humildes trabajos. Mas hacia 1936 el autor de *Voces* elige (o es elegido por) la soledad: cuando ya sus hermanos se valen por sí mismos y han establecido respectivas familias, deja la imprenta, compra una casa en la calle San Isidro del barrio de Saavedra y la llena de canteros de flores y árboles frutales. Durante un tiempo lo acompañan varios de sus sobrinos y sobrinas; una de ellas, Nélida, recuerda: "Vivimos varios años juntos. Tío ya había comenzado a escribir sus *Voces*; cada *voz* le llevaba mucho tiempo, como si fueran el resultado de una elaboración muy cuidada y muy lenta."⁶ A principio de los años cincuentas sobreviene la estrechez económica y Porchia vende su casa de San Isidro y ocupa otra en la calle Malaver del barrio de Olivos. Habitará en ella hasta su muerte, en 1968.

Desde el comienzo de su vida en solitario, Porchia frecuenta un barrio bonaerense llamado La Boca, donde viven los inmigrantes italianos. El poeta Roberto Juarroz reconstruye un momento en que ambos se encuentran en las calles de La Boca:

Él volvía de visitar en el hospital a una mujer que había querido mucho y que ahora yacía vieja, abandonada y enferma. Me repitió la frase con que había intentado alentarla: *Estar en compañía no es estar con alguien, sino estar en alguien*. Sentí de pronto, como muchas otras veces a su lado, que la sabiduría no había muerto del todo y que en aquella olvi-

⁵ Inés Malinow, "No busco la poesía; viene a mí": Antonio Porchia", en *Vosotras*, 4 de junio de 1964, Buenos Aires.

⁶ Cit. por León Benarós, *op. cit.*

dada calle de Buenos Aires quedaba algo de la fuerza oculta que sostiene todavía al mundo.⁷

En este barrio Porchia hace amistad con un grupo de pintores y escultores anarquistas; en 1940 funda con ellos la Asociación de Arte y Letras Impulso. Varios de esos amigos lo instan a publicar esa suerte de reflexiones, aforismos, sentencias que caracterizan su conversación cotidiana y que a veces escribe en modestas hojas de papel. No sin reticencia inicial, Porchia termina por dejarse convencer. Elige el título *Voces*. Es 1943, Porchia tiene 57 años y la edición de mil ejemplares pasa casi inadvertida.

Roberto Juarroz reconstruye ese momento:

Cuando [Porchia] recibe los paquetes de la imprenta, no sabe dónde guardarlos (su casa era pequeña y desprotegida). Entonces pide permiso a los artistas de Impulso para dejar un tiempo ahí esos libros con los que no sabe qué hacer. Claro, pasaron uno, dos, tres meses, y los paquetes seguían intactos, arrumbados. Hubo un instante en que los pintores comenzaron a molestarse y le dijeron: "¿Cuándo vas a sacar esto de aquí? Nos estorba, necesitamos el espacio." Porchia, que era un ser increíble, se preguntó dónde podría dejar ese fardo. Alguien le avisa de la existencia de una Sociedad Protectora de Bibliotecas Populares, que coordina una serie de bibliotecas regadas por todo el país; entonces ofrece a esta organización los ejemplares, que son enviados a cada una de las modestas bibliotecas diseminadas por la Argentina. Curioso principio: Porchia es un desconocido, pero desde su primer intento editorial su obra duerme en esas bibliotecas que cubren la república.⁸

Con ese desplazamiento callado, con ese primer viaje plural, comienza a tejerse la trama: el azar dispersa por todo el territorio argentino la hoy legendaria edición de autor. En las pequeñas bibliotecas populares de la provincia argentina, los lectores atentos reciben ese *más allá*, primero con sorpresa, luego con veneración; muchos de ellos copian a mano las *voces* y comienzan a hacerlas circular. Alguno de esos primeros iniciados envía el libro a Roger Caillois, que durante la segunda Guerra Mundial se encuentra en la Argentina trabajando en la redacción de la prestigiosa revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo.

⁷ Roberto Juarroz, *Poesía y creación. Diálogos con Guillermo Boido*, Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1980.

⁸ Daniel González Dueñas y Alejandro Toledo, *La fidelidad al relámpago. Conversaciones con Roberto Juarroz*, Ediciones Sin Nombre/Juan Pablos Editor (Col. Los Libros del Arquero), México, 1998.

Años más tarde, Caillois relata a Roberto Juarroz:

Hallé la obra de Porchia en Buenos Aires cuando revisaba los libros que nos enviaban los autores para comentarlos en *Sur*. Claro, mandaban tantos que yo los revisaba superficialmente para seleccionar aquellos que merecían comentario. De súbito veo un libro muy humilde, y no sé qué fuerza hace que me detenga y comience a examinarlo. No lo quería creer, y no pude detenerme hasta terminar de leerlo. Después traté de averiguar quién era el autor; nadie lo conocía, pero lo encontré. Y dije a Porchia: "Por esas líneas yo cambiaría todo lo que he escrito."

Las secretas repercusiones de la primera edición llevan a Porchia a emprender una segunda en 1948, también bajo el sello de Impulso y con el material que ha ido acumulando en esos cinco años. Mientras tanto, en Francia Roger Caillois traduce las *voces* e incluye algunas de ellas en un número anual de *Dits* (edición de Gallimard) y en la revista parisina *Le Licorne*. Luego las hace publicar en una plaqueta de la serie G.L.M. (Voix, París, 1949). La lectura de esta traducción despierta la admiración de Henry Miller (que incluye a Porchia entre los cien libros de una biblioteca ideal, según una encuesta de Raymond Queneau), y lleva a André Breton a exclamar: "El pensamiento más dúctil de expresión española es, para mí, el de Antonio Porchia, argentino."⁹

En París el Club Francés del Libro considera a Porchia en 1949 para el premio internacional a autores extranjeros, pero no se lo otorga bajo el argumento de que "la elevación del texto atentará contra su difusión en los círculos más amplios". A manera de desagravio, Porchia es invitado a visitar Francia y conversar con los surrealistas; mas el autor de *Voces* declinará humildemente la propuesta, respondiéndola con una de sus frases inefables: "Las distancias no hicieron nada. Todo está aquí." Aquel viaje trasatlántico de sus diecisiete años sería el único en la vida de Porchia: el poeta jamás viajará más allá de las provincias de Buenos Aires. Pero siempre estará *aquí*; una *voz* exclama: "Mientras vivo, yo sólo sé de mí. Después, yo sólo no sabré de mí."

Las repercusiones de la fascinación continúan: mientras en Sudamérica las sucesivas reediciones de Hachette se agotan, las *voces* se traducen en Bélgica, París, Munich y Chicago. Ocurre un fenómeno significativo: quienes se

⁹ André Breton, *Entretiens 1918-1952*, N.R.F., París, 1952.

consideran “descubridores” de Porchia desde el mundo cultural se apresuran a “contextualizar” las voces y encontrarles antecedentes ya sea en los presocráticos, o bien en nombres como los de Lao Tse, Kafka, Pascal, Nietzsche, Blake, La Rochefoucault o Lichtenberg. Luego de publicar sendos ensayos eruditos, los “descubridores” quedan estupefactos cuando se enteran de que Porchia niega conocer cualquiera de esas fuentes. Descubrir a un autor secreto que ilumina con una luz inaudita el mundo de la cultura, y que además no se preocupa demasiado por ese mundo en particular, representa un desafío a veces insostenible. Todo marco de referencia de la crítica se revela obsoleto, insustancial, precario. En las voces siempre hay algo más.

¿Qué sucede tras los sucesivos “descubrimientos”? La poeta e investigadora Laura Cerrato recuerda: “En Argentina su sonido va cundiendo y Hachette publica una selección de *Voces* en 1966, que se irá imprimiendo y agotando regularmente, con el agregado de *Voces nuevas*. Pero el escritor no recibe mayores recompensas. Sólo su muerte decidirá a la editorial a lanzarse a ediciones masivas.”¹⁰

José Luis Lanuza se encarga de pintar la actitud de Porchia ante todo ello:

Porchia, místico independiente, vio su nombre en la vidriera de una librería céntrica. Allí no le habían admitido su libro en castellano, ni siquiera en consignación. Pero ahora el libro se llamaba *Voix* y estaba datado en París. Porchia entró y compró un ejemplar. Era mucho más caro que en castellano, pero el dependiente se lo recomendó con efusión. Otro que no fuera él, tal vez se hubiera indignado por el cambio de trato dado a su obra. Pero no. Pudo pensar, con su amplia sonrisa de comprensión: *Estoy tan poco en mí, que lo que hacen de mí, casi no me interesa.*¹¹

Alejandra Pizarnik llamó a *Voces* el libro “más solitario, el más profundamente solo que se ha escrito en el mundo”. Sin duda puede hablarse del volumen más solo de la historia, pero también de aquel que convierte la soledad



ya no en el supremo obstáculo fatal del individuo sino en la posibilidad de ruptura de todas las fatalidades. Ese libro está tan infinitamente solo porque es la única vía en que puede facultar el diálogo directo con el infinito, sin miedo al vértigo, sin pavor a un vacío tan insospechadamente lleno. “Estoy tan poco en mí”, dice Porchia, porque acaso está siempre en *alguien*. De ahí el destino iniciático de cada uno de sus lectores, no menos secretos que el autor: sólo lo que es secreto de ese modo puede develar todos los demás secretos, y —he aquí la clave— unirlos entre sí. Es a esto a lo que Porchia aludía cuando declaró: “La poesía une, vincula; cuando somos, somos uniones”. Es lo que Pizarnik entrevé con su frase *sentirse amparado*.

Roberto Juarroz hace un recuento:

Cada vez que vuelvo a la obra de Porchia, veo reaparecer con toda su fuerza la vieja palabra que ya casi no se usa: *sabiduría*. Sabiduría puesta además en un lenguaje muy peculiar, que no le tiene miedo a las aparentes reiteraciones: Porchia creía que no existen los sinónimos y que cada palabra es diferente según la postura que ocupa en la estructura sintáctica: *Y si el hombre es un hacer con él y no un hacerse él, quién sabe quien hace con él, y quien hace con él, quién sabe qué hace con él*. Por eso a veces los gramáticos, los críticos, los formalistas, se sienten molestos ante una escritura como ésta: en cierta manera pone en crisis sus fórmulas, sus preceptos.¹²

José Pugliese, miembro en esa época de la Asociación Impulso, declara: “Lo real es que la obra de Porchia es cerrada, no admite herederos.”¹³ En alguna medida, esta afirmación acierta: una herencia directa (con todo lo que ella implica de dolorosa conciencia y rigor inaudito) resulta casi únicamente reconocible en los *Fragmentos verticales* de Roberto Juarroz.¹⁴ No obstante, existe también la herencia indirecta (que la demuestra como la más abierta de las obras): ella depara que, como sucede con las coplas de Antonio Machado en España, la gente repita las voces desconociendo al autor. De ahí que durante más de medio siglo

¹⁰ Laura Cerrato, prefacio a *Voces abandonadas* de Antonio Porchia, Pre-Textos, Valencia, 1992.

¹¹ José Luis Lanuza, “Las Voces de Antonio Porchia”, en *Clarín*, 8 de julio de 1952, Buenos Aires.

¹² Daniel González Dueñas y Alejandro Toledo, *op. cit.*

¹³ José Pugliese, “La obra de Antonio Porchia no admite herederos”, en *Crisis*, núm. 37, mayo de 1976, Buenos Aires.

¹⁴ Incluidos en la obra completa de Roberto Juarroz, *Poesía vertical*, t. I: 1958-1982; t. II: 1983-1993, Emecé, Buenos Aires, 1993.

las voces hayan viajado menos de librero en librero que de espíritu en espíritu. El árbol de transmisión tiene las raíces más irreductibles, las más poderosas.

Juarroz recuerda: "La amistad sencilla era su arte ... Don Antonio, como le llamábamos, era también una prueba viva de la profundidad de lo elemental, en el luminoso contrapunto de sus palabras hondas y sus gestos raramente limpios."¹⁵ Jamás Antonio Porchia se asumió como escritor "profesional" y mucho menos buscó integrarse a la comunidad literaria. Aceptó, no obstante, todas las invitaciones, como la de dar una lectura en la Sociedad Argentina de Escritores, en el tiempo en que Borges era el presidente. Prefería trabajar en su pequeño jardín y de vez en cuando escribir alguna voz menos para la posteridad que con objeto de regalarla a sus amigos en un supremo acto de *creación de realidad*, es decir, de verdadera poesía: "Un amigo, una flor, una estrella no son nada, si no pones en ellos un amigo, una flor, una estrella."

Roberto Juarroz dibuja un retrato de la última época del poeta:

Durante la conversación, recordaba a menudo algunas de sus "voces". No resultaba insólito o artificial: sentíamos que las seguía viviendo. Pero cierta vez me dijo que no había tenido el valor necesario para decir una de ellas ante alguien que pasaba por un momento de angustia. Esa "voz" afirmaba: *Todo juguete tiene derecho a romperse*. Y al decírmelo miraba hacia abajo, como avergonzado. Pero no de su silencio, sino del hombre.¹⁶

Puesto que la anécdota en Antonio Porchia es siempre anécdota del infinito, bien puede citarse en este rubro el suceso narrado por una amiga del escritor, Mary S. García de Orozco: "Estando internado por su enfermedad, al acercársele una enfermera, él le dijo: 'Estoy enamorado de usted'. La enfermera lo interpretó como un acto de picardía, que Porchia dispuso en seguida: 'Estoy enamorado de usted, porque usted es el bien. Y yo soy un enamorado del bien'.¹⁷

En 1966 Antonio Porchia había sufrido una caída desde una escalera; el golpe en la cabeza le produjo estados que sus amigos cercanos contemplaron como de somnolencia y delirio; León Benarós registra haberlo oído exclamar: "¡Qué cerca estoy! ¡Cada vez estoy más cerca!" Operado de un coágulo cerebral, se restablece por un tiempo, pero experimen-

ta un deterioro y muere el 9 de noviembre de 1968, a veinte días de cumplir 82 años. Juarroz recuerda:

No pude estar a su lado cuando murió ... Había rechazado, por humildad, las invitaciones que le hicieron para visitar Europa, pero su calidez humana lo condujo hasta el punto exacto donde debía resbalar. Quizá no haya sentido ninguna sorpresa: *Cuando yo muera, no me veré morir, por primera vez*.¹⁸

La obra de Antonio Porchia parece destinada al secreto o, con mayor exactitud, al *secreto compartido*: quien recibe las voces, independientemente del modo en que llegan a sus manos (ejemplar, fotocopia, transmisión oral), no siente que sean textos sino *umbrales*. Asimismo, cada iniciado intuye que ese arribo no puede calificarse como un acto anónimo sino como un diálogo específicamente destinado *desde siempre* a ese lector en particular. Recibir una voz, leerla, oírla, acariciarla, comunicarla, no son actos cotidianos sino la forma de deletrear un destino (y, tal vez, *el destino*). Del mismo modo, quien intenta hacerlas pasar por el ojo de la crítica literaria, termina por entender (o de otro modo no entiende) que las voces son, más que un género en sí mismas, un *espíritu*.

Si el mundo literario se rigiera por leyes humanas y no mercantiles, las palabras *secreto*, *clandestino* o *subterráneo*, tan aplicadas a la obra de Antonio Porchia, se cambiarían por el único concepto que en verdad le corresponde: *íntimo*. Si fuera posible enumerar cada transmisión silenciosa de sus voces, cada vida que ellas han cambiado, cada destino que han expuesto, cada conciencia que han lanzado al infinito, el término *secreto a voces* resultaría óptimo. Alguna vez comentó: "Mi libro *Voces* es casi una biografía. Que es casi de todos." Mientras llega el momento en que la vida de Porchia se reconozca como la de casi todos (es decir, la de *todos*), queda una imagen imborrable aportada por Roberto Juarroz:

Sólo a él le he escuchado la singular frase con que siempre nos despedía: *Traten de estar bien*. Era casi un pedido, algo así como una apelación infinitamente tierna y delicada: un llamado a nuestra posibilidad de ser a pesar de todo. Era como si nos recomendase: Hagan también lo posible, aunque persigan lo imposible. Y a veces agregaba una exhortación conmovedora, que sintetizaba de algún modo su mejor deseo y una recóndita nostalgia: *Acompáñense*.¹⁹ ♦

¹⁵ Roberto Juarroz, *op. cit.*

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Cit. por León Benarós, *op. cit.*

¹⁸ Roberto Juarroz, *op. cit.*

¹⁹ *Ibid.*